

I

Las Vegas, 1963

Cuando Vincenzo *Sunny* Santino salió en 1963 de la prisión del Estado de Nevada, mi bufete de abogados llevaba más de veinte años trabajando para la familia Speranza.

Vincenzo cumplía condena por el homicidio de una empleada suya llamada Lucy Lee y, en el momento en que se ordenó su excarcelación, aún no había cumplido cuatro de los quince años que le habían impuesto. Resulta algo extraño que alguien con esa pena consiga el tercer grado tan pronto, aunque lo más raro fue la manera en que se produjo. Fue el propio Sunny quien me lo contó mientras viajábamos a Reno en mi Buick LeSabre nada más salir de la penitenciaría de Carson City.

Todo había ocurrido diez días antes, una tarde en la que Vincenzo se encontraba en su celda jugando a las cartas con otros reclusos, bebiendo y fumando como si aquello fuera un club social. En realidad, no dejaba de serlo, pues su familia, la familia Pugliese, había tomado las medidas oportunas para que la estancia en la cárcel de uno de sus miembros, *Sunny* Santino, fuese lo más cómoda posible.

En mitad de la partida, un guardia lo llamó desde la puerta de su celda, abierta las veinticuatro horas del día por si Vincenzo tenía necesidad de llamar por teléfono o simplemente darse una vuelta por el patio.

—Sunny, vamos, ven conmigo —dijo—. Tienes visita.

Vincenzo echó un vistazo a su reloj de pulsera de dos mil dólares. Era uno de los pocos internos a los que se les permitía llevar el suyo y no el modelo barato de veinte dólares que se vendía en el economato de la prisión.

—¿A estas horas? No espero a nadie —dijo con el puro entre los dientes—. ¿Quién es?

—No sé... Dos tipos. Parecen federales.

Vincenzo hizo un gesto de repugnancia. A lo largo de los últimos años, el FBI no había hecho más que darle problemas, uno de ellos la condena que

estaba cumpliendo en esos momentos. Se levantó pesadamente de la silla, tiró los naipes sobre la mesa y, gruñendo algo a sus tres compañeros de timba, salió detrás del guardia.

En la sala de visitas encontró a dos hombres vestidos con traje azul oscuro. Uno de ellos era alto y robusto, de unos cincuenta y tantos años. Tenía el pelo canoso y cortado a lo militar, con entradas pronunciadas y una perilla plateada. El otro era más joven. *Sunny* Santino apenas se fijó en él pues no abrió la boca en toda la entrevista. El guardia cerró la puerta y Vincenzo se quedó a solas con sus dos visitantes.

—Siéntese, Santino —ordenó el de más edad ocupando una de las sillas. Su compañero permaneció de pie detrás.

—¿Quiénes son ustedes?

El visitante no contestó. En vez de eso, echó un vistazo a unos papeles que tenía delante. Sunny no pudo leer lo que decían, pero entre ellos vio su fotografía de la ficha de la prisión. El viejo se ajustó unas gafas de montura negra sobre el puente de la nariz y empezó a leer:

—Vincenzo Santino, alias *Sunny*, alias *El Negro*, alias *Sicily Boy*. Nacido en Castellammare del Golfo, Sicilia, el 2 de diciembre de 1926. Fecha de entrada en Estados Unidos, 2 de marzo de 1947. Detenido en 1948 por extorsión, en 1949 por juego ilegal y en 1950 por agresión. En los tres casos se retiraron los cargos. Desde entonces está limpio, hasta 1959. Ese año se le procesa por pegar tres tiros a una mujer y recibe una condena de quince años. —El visitante se detuvo y miró a Vincenzo por encima de los anteojos—. ¿Sólo quince, Sunny?

—Hice un trato.

—Ya, claro. Debí suponerlo. —El tipo volvió a los papeles—. Su abogado presentó una moción y consiguió que cumpliera condena en Nevada. Supongo que aquí gozará de todas las comodidades que sus amigos le hayan conseguido.

El viejo calló, pero Sunny no dijo nada.

—Aunque quince años son quince años..., y la condicional no se la darán hasta que pasen como mínimo otros cuatro —continuó.

—Aún no he decidido si quiero hablar con ustedes —dijo Vincenzo—. ¿Pueden decirme quiénes son o no?

El viejo sonrió. Al ver que no decía nada, Sunny se levantó de la silla y fue directo a la puerta de salida.

—Soy la persona que puede sacarle de aquí en una semana —dijo el visitante a su espalda—. En el tiempo que tarde en reunir al comité de la condicional.

Vincenzo se dio la vuelta.

—No voy a hablar de nada —dijo apuntando al viejo con el dedo—. Ya se lo dije a sus colegas del FBI, no tengo nada que decirles.

—Siéntese y no sea gilipollas. Aún no ha escuchado mi oferta.

Sunny Santino volvió a regañadientes a la silla y se arrellanó en ella con los brazos cruzados. El viejo sacó del bolsillo interior de su chaqueta una fotografía y se la tiró por encima de la mesa.

—¿Sabe quién es este hombre? —preguntó.

Vincenzo se incorporó para ver la imagen.

—Claro, es Fidel Castro. El de Cuba.

—Muy bien, Fidel Castro, el de Cuba. Como sin duda sabrá, ese Castro no se encuentra precisamente entre nuestros mejores amigos. De hecho, nos está jodiendo a base de bien con los soviéticos, y alguien en Washington D.C. ha dicho «basta». Necesitamos deponerlo de manera inmediata y creemos que usted puede ayudarnos.

Sunny Santino se pasó la mano por la cara y sacó del bolsillo del pantalón un paquete de Lucky. Encendió un cigarrillo y tiró el paquete sobre la mesa a modo de invitación.

—Bueno, ya hay algo que sé —dijo exhalando un chorro de humo—. Ustedes no son federales. El FBI no se ocupa de asuntos extranjeros.

—Chico listo. Pertenece al servicio de inteligencia, la CIA. Y tenemos la autorización del fiscal general de Estados Unidos para sacarle a usted de este agujero.

—¿El fiscal general? ¿Bobby Kennedy en persona se ha preocupado por mí? Cuánto honor...

El viejo volvió a sonreír y giró la cabeza para mirar a su acompañante. Luego dijo:

—Santino, me tengo que llevar una respuesta ahora mismo. Un «sí» o un «no». Decídase.

Nueve días después, se reunió en Reno la comisión de la libertad condicional y, por arte de magia, se acordó excarcelar de manera inmediata a Vincenzo Santino, homicida confeso de Lucy Lee.

* * *

Eso que la gente llama «mafia» nosotros nunca lo llamamos así. Nosotros lo llamamos Cosa Nostra. La Cosa Nostra estadounidense está compuesta por un conjunto de familias, cada una de las cuales tiene una estructura piramidal.

En el vértice se encuentra el jefe, que suele ser asesorado por una persona de su íntima confianza denominada «*consigliere*».

Por debajo del jefe se sitúan los «capos», y cada capo tiene a su cargo un número indefinido de «soldados». Puede decirse que los soldados responden ante el capo y tienen encomendada la labor de ganar dinero, repartirlo con su capo y cumplir las órdenes que reciben sin la menor objeción. Quizá por eso los llamen «soldados». Los capos, a su vez, comparten un porcentaje del dinero que ganan con el jefe. En una familia de la Cosa Nostra, el dinero fluye, y fluye hacia arriba.

Fuera de la pirámide de miembros de la familia están los «asociados». Un asociado tiene relación con la familia, pero no puede pertenecer a ella por algún motivo. El principal de ellos, no ser italiano o descendiente de italianos, como es mi caso. Yo soy un asociado de la familia Speranza y trabajo para ella, pero nunca podré ser un miembro. Lo cual tiene sus inconvenientes, pues el miembro de una familia no puede ser atacado sin que antes haya un acuerdo de la «Comisión de las Familias».

Y es que, al contrario de lo que la gente piensa, entre las familias de la Cosa Nostra no hay guerras continuas, ni asesinatos indiscriminados ni ametrallamientos en mitad de la calle. Todo se maneja con profesionalidad, rectitud y civismo, sobre todo desde que en 1931 se instauró en Estados Unidos la Comisión de las Familias. La Comisión reunía cada ciertos años a los jefes de las principales familias del país, y en ella se debatían y consensuaban los temas más importantes que afectaban a la Cosa Nostra. Sobre el papel, ningún soldado, capo ni, por supuesto, jefe de una familia podía ser muerto sin la previa aprobación de la Comisión.

Por acuerdo tácito de todas las familias, el jefe de la familia más poderosa del país ocupaba el puesto de presidente de la Comisión. Y, desde hacía mucho tiempo, esa consideración la tenía Carlo Speranza, el jefe de mi familia.

El ascenso al poder de Carlo se produjo en 1957 tras el peor de los fiascos que conoció en nuestro país la Cosa Nostra: el desastre de Apalachin.

Apalachin es un pueblo del Estado de Nueva York donde tenía su residencia un importante jefe que se ofreció a albergar la Comisión de las Familias de ese año. El día señalado para la reunión había en los alrededores de Apalachin más de cien importantes miembros de la Cosa Nostra. La mala suerte quiso que la oficina del *sheriff* del condado de Tioga, al que pertenece Apalachin, pusiese un control rutinario de carretera en una de las vías que daban acceso a la casa de campo donde tendría lugar la Comisión de las Familias. Por desgracia, los policías dieron el alto al vehículo de uno de los jefes

que iba conducido por un hombre sin carnet. La oficina del *sheriff* hizo una búsqueda en los archivos de la policía y descubrió que aquel individuo tenía una larga lista de antecedentes penales. Sospechando que por la zona habría otros delincuentes, el *sheriff* ordenó que se vigilaran los accesos a la casa de campo donde tendría lugar la Comisión. Observando desde el exterior, la policía quedó impresionada por el gran número de coches de lujo que había aparcados delante de la puerta. El *sheriff* dispuso entonces un bloqueo de los accesos a la casa para identificar a todos los asistentes a la reunión. Al verse rodeados, todos los miembros de la Cosa Nostra huyeron a pie de manera desordenada. Algunos fueron apresados por la policía, que tomó nota de su identidad. Otros consiguieron escapar.

Las familias no perdonaron al organizador de la Comisión aquella falta de seguridad, y a raíz de aquello hicieron descansar sobre los hombros de Carlo Speranza la presidencia de la Comisión. A partir de entonces, nunca faltaron los intentos más o menos sibilinos para tratar de que la situación de poder cambiase y Carlo dejase por fin de ser el jefe más importante.

* * *

En la Cosa Nostra hay capos muy poderosos; tanto que un capo de una familia importante como la mía, la familia Speranza de Nueva York, puede ser más rico que el jefe de otra familia de otro Estado. Ése no era el caso de *Sunny* Santino, quien era uno de los capos de los Pugliese, la familia que en su día fundó el legendario Samuele *Sam* Pugliese en Reno, Nevada.

Sam fue un lugarteniente del legendario Al Capone en Chicago a finales de los años veinte. Poco se sabe de su infancia y juventud. Había llegado a Estados Unidos procedente de Italia en el barco *Providence* el 4 de septiembre de 1921, junto a otros muchos emigrantes. En Brooklyn conoció a Capone y cuando éste se fue a Chicago, Sam lo acompañó. Allí participó en todos los negocios que hizo el mítico Al aunque, al contrario que su jefe, Sam era un individuo equilibrado. Por supuesto, tenía la frialdad de ánimo necesaria para ordenar una ejecución, pero no era un sanguinario, ni un psicópata como Capone. Para Pugliese, la violencia era un medio, una herramienta política que debía utilizarse únicamente cuando las circunstancias lo imponían.

Durante los años de la ley seca, Capone y el resto de sus asociados se hicieron ricos con el contrabando de alcohol que traían de Canadá. Mientras lo hacían, *Sam* Pugliese recomendó insistentemente a Capone abrir o com-

prar negocios legales como barberías, hoteles, funerarias o fruterías para blanquear el dinero procedente del alcohol pero, en lugar de eso, el jefe de Chicago prefirió confiar en la protección que le dispensaban los policías y políticos corruptos que tenía comprados. Capone iba por la ciudad con trajes caros, anillos en los dedos y fumando puros, diciendo a la prensa que él era un benefactor que daba al pueblo lo que el pueblo demandaba.

Sam Pugliese vio a Capone emprender el camino sólo de ida hacia los infiernos y decidió que él no iba a acompañarlo. A principios de 1930, unos meses antes del juicio a Capone por evasión fiscal, Sam pidió permiso a Al para trasladarse a Reno, Nevada, y crear su propia familia. Capone, algo cansado ya de los sermones de Sam, estuvo encantado de quitárselo de encima, le deseó suerte y le preguntó qué quería como regalo de despedida. Y *Sam* Pugliese pidió a Rocco.

* * *

El mismo día que Vincenzo *Sunny* Santino salió de la cárcel, yo recorrí los trescientos cincuenta kilómetros que había entre mi despacho de San Francisco y la prisión estatal de Nevada para acompañar a Vincenzo a Las Vegas.

En la puerta del penal de Carson City encontré a Sunny algo más delgado que cuando lo vi por última vez. Era el típico siciliano de piel oscura y cabello negro y rizado. Tenía el busto sin vello y los brazos nervudos. El rostro era de rasgos abruptos, con la nariz afilada y los pómulos prominentes. Al acercarme a él, Vincenzo me dio la mano, puso su bolsa de viaje en el maletero y subió al Buick. Ya dentro, y mientras me incorporaba a la 395 en dirección norte hacia Reno, encendió un Lucky.

Después de conducir ininterrumpidamente desde San Francisco, me encontraba algo cansado. El sol plomizo de Nevada se proyectaba sobre el parabrisas inundando de bochorno el interior del coche y, a pesar de llevar las ventanillas medio abiertas, el calor que desprendía el asfalto a aquellas horas de la tarde se me metía en la cabeza y me sofocaba los pulmones.

—¿De qué va esto, Roger? —me preguntó Vincenzo.

—No lo sé, Sunny. Esta mañana me llamaron de Nueva York para pedirme que viniese a por ti y te llevase a Las Vegas.

—¿Qué tengo que hacer yo en Las Vegas?

—Hablar con Joe Speranza.

Vincenzo debió de reconocer de inmediato aquel nombre. Joe era el hermano de Carlo Speranza, el jefe de la familia para la que yo trabajaba y

que me había telefonado por la mañana. Los dos hermanos vivían en Nueva York y, sólo cuando había algún asunto importante fuera de la ciudad, Carlo enviaba a Joe a hacerse cargo de ello.

—¿Quién les había avisado de que yo salía de Carson City? —preguntó Sunny.

Negué con la cabeza. Desde luego, alguien en la familia Speranza sabía que Vincenzo iba a abandonar la prisión, pero yo ignoraba cómo se habían enterado. Santino había acudido a la comisión de la condicional sin abogado y, teóricamente, sólo a quien él hubiese puesto al corriente de su buena suerte estaría al tanto de ella.

* * *

Nunca he sabido el apellido de Rocco, ni siquiera si ése es su verdadero nombre o un alias. Toda la vida ha sido conocido como Rocco a secas. Y, a diferencia de *Sam* Pugliese, Rocco era un verdadero animal sin escrúpulos. Había nacido en Nápoles y, cuando fue llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial, huyó de polizón en un barco a Estados Unidos. Así que si echamos cuentas veremos que Rocco llegó a América antes incluso que *Sam* Pugliese, aunque era bastante más joven que él. En Nueva York, Rocco se integró en una banda de delincuentes italianos y se dedicó a robar y asaltar bancos y tiendas. En uno de esos delitos murió un policía, y Rocco puso tierra de por medio. Por entonces, Capone ya estaba en Chicago y, enterado de la existencia de este intrépido italiano, lo hizo llamar para ofrecerle trabajar para él. Rocco se trasladó a Chicago y allí estuvo unos tres años ejerciendo como recaudador callejero para Capone.

Cuando *Sam* Pugliese decidió en 1930 mudarse a Reno para fundar su propia familia, propuso a Rocco que lo acompañase y éste aceptó encantado. En Chicago era sólo un matón, y Sam le ofrecía empezar de cero en una ciudad nueva como capo, es decir, responsable de un grupo de soldados con negocios propios. Un capo únicamente responde ante el jefe de la familia y tiene un poder equivalente a su capacidad de generar dinero. Y Rocco sabía que en Reno podía ganar mucho, mucho dinero.

Y es que *Sam* Pugliese no era idiota, y ni la elección del Estado de Nevada ni de Rocco fueron casuales. La ley seca contaba cada día con más destructores y antes o después pasaría a la historia. La legalización del alcohol terminaría con el negocio de los contrabandistas, y las familias tendrían que buscar nuevas formas de ganar dinero. Ahí entraron los contactos de Puglie-

se en Washington D.C. Gracias a éstos, Sam supo que los políticos de Nevada se proponían informar al presidente Herbert Hoover de su intención de legalizar el juego y el divorcio en su Estado. Ambas cosas traerían visitantes a Nevada, y la combinación de visitantes y juego legal sólo podía traducirse en una cosa: pasta.

Sam Pugliese echó un vistazo al mapa y se dijo que en Nevada había dos ciudades que pronto conocerían un gran desarrollo: Reno y Las Vegas. Sam eligió Reno. Por su situación, era evidente que Las Vegas atraería a los habitantes de Phoenix y Los Ángeles, y aquel vendaval de turistas haría de la ciudad un pastel demasiado apetecible para el resto de las familias. Era mejor conformarse con una ciudad menos importante como Reno, adonde sólo acudirían los visitantes de Sacramento y quizá San Francisco.

Así que allí se dirigieron *Sam* Pugliese y Rocco a mediados de 1930. El juego y el divorcio se legalizaron el año siguiente, pero mientras tanto los dos prepararon los cimientos de la familia. ¿Cómo lo hicieron? Bueno, cada uno según su estilo.

Rocco se instaló en la parte norte de la ciudad y puso su punto de mira en la prostitución. Generalmente, las familias italianas que operan en América evitan mezclarse en el negocio de las putas. Está bien visto extorsionar a proxenetas, pero no está bien visto ser un proxeneta. Hay que tener en cuenta que la regla de oro del crimen organizado es: «Roba a la gente que no pueda acudir a la policía», y los negocios de pornografía o prostitución son los más fáciles de extorsionar para un capo decidido.

Pero Rocco no se conformó con llevarse un porcentaje del pastel. Necesitaba ganar dinero rápido para contratar a más gente, así que decidió lanzarse a por el negocio entero. Identificó los lugares donde había prostitutas y, hablando con ellas, conoció el nombre de los dos chulos más importantes. Un día quedó con ellos para negociar en un hotel de Reno y los asesinó. Así de simple. Aquellos dos tipos desaparecieron y, por lo visto, la policía tampoco dedicó mucho tiempo a buscarlos. Es lo bueno que tiene seguir al pie de la letra la regla de oro. Después de aquello, Rocco siguió haciendo negocios al estilo de Chicago: comerció con alcohol hasta la derogación de la ley seca, vació camiones y se metió de lleno en los préstamos usurarios. Como buen capo, cada semana le daba su porcentaje de las ganancias al jefe Samuele Pugliese. Sam no se había equivocado con Rocco: los sucios negocios de su capo fueron la manera más rápida de ganar dinero para sí mismo.

Por su parte, *Sam* Pugliese también empezó a hacer negocios por su cuenta, pero con más lentitud y, sobre todo, con más elegancia. Al poco de

llegar a Reno, fundó una empresa constructora y, a la vez, se relacionó con los líderes de los sindicatos de la construcción. Se gastó el dinero que trajo de Chicago en amañar las elecciones sindicales y logró poner a sus amigos al frente del sindicato. Aquello fue mejor que ganar el premio gordo de la lotería. Cuando manejas el sindicato de la construcción, no hay contrato que tu empresa no consiga llevarse. Si alguien tiene la osadía de contratar a una constructora rival, utilizas el sindicato para convocar huelgas, aumentar el absentismo, robar herramientas...; en definitiva, aumentarle al competidor los costes de la obra. Al final te quedas solo. Tu empresa es la única que funciona, la única capaz de cumplir los plazos y ajustarse a los presupuestos. El resto de la competencia entiende el mensaje: o te pagan un canon por las obras que tú no haces o pierden dinero. Así de sencillo.

Para cuando se derogó la ley seca en 1933, *Sam* Pugliese era el dueño de Reno. Por supuesto, todo era fachada, pero una fachada muy bien enyesada. Además de los casinos que construyó para sí mismo, Pugliese levantó un colegio, un hospital, dos iglesias y reformó el Ayuntamiento completamente gratis. Por todo ello no es de extrañar que fuera invitado a las fiestas de la alta sociedad de Reno y que cada vez que se elegía un nuevo alcalde el primero en recibir el saludo del ganador fuese Sam. No en vano la familia Pugliese financiaba secretamente a todos los candidatos.

La ascensión de Samuele Pugliese no fue nunca ningún misterio. Por supuesto que se sabía de dónde procedía todo ese dinero y los medios con los que se había obtenido, pero Sam era todo un caballero. Y, sobre todo, era inteligente. Siempre supo que nunca tendría a todo el mundo en Reno de su lado, pero intentó que sus enemigos estuviesen siempre en minoría y, sobre todo, no contasen con el favor del pueblo. ¿Cómo lo hizo? De muchas maneras. Aunque la mejor de todas tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial.

Estados Unidos entró en la guerra después del ataque a Pearl Harbor, en diciembre de 1941. El presidente Roosevelt movilizó el ejército y miles de americanos fueron llamados a filas. ¿Se imagina usted tener un hijo de veinte años en casa y recibir una carta ordenándole ir a luchar contra los japoneses a la otra punta del mundo? Bueno, pues si usted vivía en Reno *Sam* Pugliese podía evitarlo. Y para ello sólo tenía que hacer una cosa: cumplir la ley.

De la llamada a filas estaban exentos los trabajadores de determinados sectores denominados «estratégicos». Entre ellos se encontraba el primario, es decir, los granjeros, y Sam vio la oportunidad. Compró a precio de saldo un par de plantaciones que llevaban tiempo abandonadas y puso a trabajar en ellas a unos cuantos chicos de Reno en edad de ser llamados al ejército. Los

muchachos se libraron de la leva y, lógicamente, aquello le valió la gratitud sin límite de un buen puñado de familias pudientes. Y lo mejor de todo es que los chicos ni siquiera aparecían por el trabajo. Simplemente estaban apuntados como jornaleros en las granjas.

El tiempo pasó, la guerra terminó y, tal y como suponía *Sam* Pugliese, Reno conoció un gran avance económico y social. La población creció rápidamente pero, sobre todo, aumentaron los visitantes ocasionales que acudían a la ciudad a divorciarse o, simplemente, a pasar un buen rato entre las mesas de juego. Las Vegas creció más aún, y en eso Sam no se equivocó. Tampoco se equivocó al suponer que Las Vegas sería pasto del resto de las familias más influyentes de la Cosa Nostra, en particular la de Chicago y las cinco de Nueva York, entre las que se encontraba la mía, la más importante de todas: la familia Speranza.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial ocurrió otro hecho fundamental en la vida de la familia Pugliese: la llegada a Estados Unidos de Vincenzo *Sunny* Santino.

Vincenzo era el más joven de todos. Hijo de un siciliano amigo de Sam, en su juventud se vio envuelto en algunos líos con amigos de éstos a los que las madres siempre te piden que no te acerques. El caso es que el padre de Vincenzo pensó que la mejor manera de enderezar a su hijo era enviarlo a América con Samuele Pugliese, así que subió al chico en un barco y lo mandó a Nueva York. Allí lo estaba esperando un asociado de Sam, quien lo llevó a Reno, donde el joven Vincenzo empezó su carrera como miembro de la familia.

* * *

Mi Buick LeSabre no tardó ni una hora en llegar a Reno desde la prisión estatal de Carson City. Vincenzo no había dejado de fumar un Lucky detrás de otro ni de hacerme preguntas sobre la Cosa Nostra en todo el trayecto. Nada más acercarnos a la ciudad, reconoció de inmediato el camino que recorría el coche hacia el aeropuerto internacional de Cannon, donde cogeríamos el primer vuelo a Las Vegas.

—Roger, antes de ir al aeropuerto debería pasar a saludar a Rocco.

—No sé si tenemos tiempo —dije echando un vistazo al reloj—. Por nada del mundo quiero perder ese avión.

—Desde que murió Sam, poco después de Apalachin, Rocco es el jefe de mi familia. Supongo que no hace falta que...

Resoplé impaciente.

—Lo sé, lo sé. Quince minutos, Sunny, ni uno más.

Cambié de rumbo y me dirigí al Ciao, Bella, el restaurante de *Sam* Pugliese que Rocco había heredado. Desde la trastienda de ese lugar, los Pugliese se dirigían sus operaciones lo más discretamente que podían.

Aparqué frente a la puerta. La encontramos cerrada a cal y canto con un letrero que decía: «CERRADO POR DEFUNCIÓN». Vincenzo me miró y yo me encogí de hombros. Llamé con fuerza y oímos los cristales retumbar bajo mi puño. Un tipo apareció detrás de las cortinillas y abrió.

—¡Sunny! —exclamó—. ¿Te han dado un permiso para ir al entierro?

—¿Qué entierro? ¿Quién se ha muerto?

—Phil Marcuso. Murió anteayer, ¿no te lo dijeron?

Al oír aquello, el rostro de *Sunny* Santino se contrajo en un gesto de frustración.

—¿Dónde están todos? —preguntó.

—En Mountain View. Van a enterrar a Phil allí.

Regresamos al coche y seguí las indicaciones de Vincenzo para llegar al cementerio.

—¿Quién era Phil Marcuso? —pregunté de camino.

—Un soldado de la familia Pugliese, un buen tipo. Trabajó conmigo en Las Vegas durante un tiempo.

—¿Estaba enfermo? ¿Era viejo?

—Qué va, tendría mi edad como mucho.

Fui incapaz de llegar a ninguna conclusión, aunque me abstuve de preguntar nada más. Poco después, llegamos a Mountain View y dejamos el Buick aparcado junto a otros vehículos en la puerta de acceso al recinto. Bajamos y nos dirigimos a través del camino de piedra que horadaba el pasto hacia un grupo de gente que se agolpaba junto a unos árboles. Al acercarnos pude distinguir entre los rostros de semblante grave y ceremonioso el de Rocco. Por entonces debía de rondar los sesenta y cinco años. Tenía los labios arqueados hacia abajo, las cejas muy pobladas, las sienes blanqueadas y la cara algo hinchada, con unos pliegues de la piel que le caían a ambos lados de la boca. Estaba un poco más gordo y con los movimientos más torpes. Al verlo me dije que Rocco empezaba a ser un anciano.

Vincenzo se dirigió directamente hacia él abriéndose paso a través de los asistentes al sepelio. Traté de no perderlo de vista y tuve suerte, porque, al verlo venir, Rocco abandonó su puesto y se separó del grupo para hablarle a solas. Me acerqué a ellos dos para saludar y, de paso, enterarme de lo que estaba sucediendo.

—No sabía que te habían soltado —oí decir a Rocco—. Tenía pensado enviar hoy a alguien a contarte lo de Phil.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Una sobredosis de veronal. Lo encontraron en la cama de su casa.

—¿Una sobredosis? —preguntó Vincenzo—. ¿Phil tomaba veronal?

—Por lo visto, sí. Se enganchó durante su estancia en prisión. Yo no tenía ni idea. Si lo hubiese sabido, le habría dado una paliza, pero ahora estaría vivo.

—Hablaré con su mujer, con Livia. Si te parece bien...

—Claro —dijo Rocco—, haz lo que quieras. Aunque ahora la pobre está muy afectada.

El jefe de la familia Pugliese de Reno reparó entonces en mí. Me adelanté para abrazarlo.

—Rocco, lamento mucho lo ocurrido —le susurré al oído—. Te transmito mis condolencias de parte de la familia Speranza.

—Gracias, Roger. ¿Cómo están Carlo y Joe?

—Carlo está bien; en Nueva York, como siempre. Joe ha ido a Las Vegas. Me ha pedido que acompañe allí a Vincenzo. Con tu permiso...

—Claro —dijo Rocco—. Los Speranza son nuestros amigos, nuestros hermanos desde la época de Sam, que en gloria esté. ¿Necesitáis algo más de mí?

—Nada —dije—. Te devolveremos a Vincenzo lo antes posible.

Rocco sonrió y me dio la mano. A Sunny le besó la mejilla y acto seguido regresó a su puesto entre los asistentes al entierro. Al abrirse el corrillo de gente pude ver sentada en la primera fila a una mujer de unos cuarenta años, cubierta por un pequeño velo negro y consolada por otras mujeres. Supuse que era la viuda, la esposa del tal Marcuso. *Sunny* Santino se quedó mirándola unos instantes hasta que le puse la mano en el hombro indicándole que debíamos ir sin más demora al aeropuerto de Cannon.

Al salir de Mountain View, reparamos en algo que no habíamos visto antes: dos hombres de traje oscuro discretamente situados a unos metros de la comitiva fúnebre para no perderse detalle de lo que ocurría por allí. Eran agentes del FBI.

* * *

Noté que Sunny estaba muy afligido por la muerte de aquel hombre, así que preferí no decir nada. Llegamos al aeropuerto y dejé mi coche estacionado

en el aparcamiento. Facturamos el equipaje y nos dirigimos apresuradamente a la puerta de embarque para subir al avión. Una vez ubicados en nuestros asientos, tuve la oportunidad de hablar con más calma con Sunny.

—Háblame de ese Phil Marcuso.

—Ya te dije que era un miembro de la familia Pugliese. Éramos amigos.

—Sí, pero ¿estaba metido en temas de drogas?

—No, no que yo sepa. A Phil le gustaban las cartas, los dados, el *bourbon* y las chicas. Pero no tenía ninguno de los síntomas que justifican el veronal.

Vincenzo se asomó por la ventanilla mientras la aeronave iba ganando altura durante el despegue. Entonces añadió:

—Le tenía mucho aprecio. Phil pasó unos meses en la cárcel por mi culpa.

Santino ladeó la cabeza y cerró los ojos, lo cual interpreté como que ya no deseaba hablar más. Opté entonces por cerrar la boca y tratar de dormir un rato yo también.

Aterrizamos en el aeropuerto internacional McCarran de Las Vegas alrededor de las siete de la tarde.

* * *

A pesar de ser la capital mundial del juego, Las Vegas era, a mediados de los sesenta, una ciudad segura y apacible. Creo no equivocarme si digo que debía de tener uno de los índices de criminalidad más reducidos de toda Norteamérica, y la causante de esa paz era precisamente la Cosa Nostra. Las familias estaban consiguiendo ganar miles de dólares con el juego, los préstamos y los sobornos, y desde luego no deseaban ver a la policía o el FBI deambulando por la ciudad investigando crímenes. Por tal razón, la Cosa Nostra impuso la regla de que Las Vegas debía quedar limpia de asesinatos, tiroteos y agresiones. Los turistas tenían que encontrarse con una ciudad tranquila, y las disputas debían resolverse siempre pacíficamente. Si por circunstancias de la vida alguien moría por el camino, había que deshacerse discretamente del cadáver fuera de Las Vegas. El desierto ofrecía miles de hectáreas para ello.

Con los impuestos procedentes del juego, las autoridades de Nevada realizaron numerosas inversiones para modernizar la ciudad, como, por ejemplo, el aeropuerto. Cuando llegué con Sunny aquel día, noté todo muy cambiado, y no supe, hasta que salí al exterior, que la antigua terminal del bulevar Sur de Las Vegas había sido sustituida por una nueva en Paradise Road.

Nos dirigimos a la fila de taxis, y cuando llegó nuestro turno pedí al chófer que nos llevase al casino de la familia Speranza, el famoso Blue Skyline.

En realidad, el Blue Skyline es mucho más que un casino. Se trata de un complejo compuesto por tres inmuebles adyacentes y un aparcamiento subterráneo que recorre todos ellos. El edificio principal es un hotel de lujo de veinticinco plantas que cuenta con quinientas veinte habitaciones y posee uno de los vestíbulos más hermosos que yo haya visto nunca, con una preciosa moqueta azul y varios acuarios empotrados en las paredes repletos de exóticos peces y corales de formas imposibles. El edificio de la derecha es el casino propiamente dicho, con dos plantas. En la de abajo se encuentra la parte más bulliciosa, con las ruletas, las mesas de los dados y las máquinas tragaperras. En el piso superior están las mesas de naipes. El tercer edificio, a la izquierda del hotel, también tiene dos alturas. En la planta baja hay una sala de fiestas, el Room, con su célebre escenario ovoidal y la tarima, a unos tres metros del suelo, en la que toca la orquesta. En lugar de butacas hay unas doscientas mesas en las que el público puede beber y picar algo mientras disfruta de los espectáculos. La planta de arriba tiene un restaurante con una de las cartas más extensas de Las Vegas. Por supuesto, las mejores mesas dan al palco, desde el cual se goza de una vista privilegiada para asistir al espectáculo del Room.

Sin embargo, el Blue Skyline es más conocido entre nosotros por algo que muy poca gente ha visto. La última planta del hotel es un ático circular envuelto en una espléndida cristalera, como la del mejor observatorio astronómico. Allí es donde Joe Speranza tiene su despacho y donde recibe a las visitas cuando se encuentra en Las Vegas. Nadie sabe lo que es un atardecer hasta que no ve ponerse el sol en el desierto desde el ático del Blue Skyline. Y si alguna vez alguien se preguntara la razón por la que le pusieron ese nombre a aquel lugar, entonces lo entendería.

El Blue Skyline se aleja del concepto normal de casino de Las Vegas. Es un complejo de entretenimiento global. La idea se le ocurrió a Carlo Speranza la primera vez que vino a Las Vegas. Era a mediados de los cuarenta, y Carlo se dio cuenta de que los casinos eran sólo eso, casinos, salas de juego. La gente venía, empezaba a jugar y, lógicamente, empezaba a perder. Los ludópatas se quedaban hasta que perdían el último céntimo, pero los tipos normales se daban cuenta de que aquello no iba con ellos y se marchaban. Carlo se dijo: «Hay que evitar que se vayan, tienen que permanecer en Las Vegas hasta que se vacíen el bolsillo». ¿Cómo hacerlo? Muy sencillo, démosles entretenimiento, más alternativas al propio juego. Y divirtamos también a las mujeres, que vengan con ellos.

Así pues, Carlo construyó el hotel, el restaurante y la sala de fiestas. Y contrató a los mejores artistas. En el Room, un mes normal y corriente podías ver a humoristas como Joe E. Lewis o Ray Bolger y a estrellas de la canción como Frank Sinatra, Betty Grable, Steve Lawrence, Harry Belafonte o Sammy Davis Jr. El resultado fue sorprendente. El Blue Skyline estaba lleno todo el año. Lleno el hotel, lleno el restaurante, lleno el Room, lleno el casino. Aquello era una máquina de hacer dinero para la familia Speranza. Y todo era legal.

El taxi nos dejó en la galería de acceso al hotel, que a esas horas ya tenía las bombillas encendidas. Pagué al conductor y entré con Vincenzo en busca de Bill, el obeso ayudante de Joe Speranza. Lo encontré flirteando con una de las azafatas de recepción.

—Hola, Bill. Acabamos de llegar de Reno. ¿Podemos subir a ver a Joe ahora?

—No, Joe salió hace un rato. Me dijo que lo esperaseis en el Room.

—¿Nos avisarás cuando llegue? —pregunté.

—Claro. Tómate una copa y relájate. —Bill se dirigió entonces a Vincenzo—. Y tú come algo, que estás en los huesos.

—¿Quién actúa hoy en el Room? —preguntó Sunny.

—Dean Martin.

Entramos en la sala de fiestas a través de la puerta de empleados y solicité al jefe de sala que nos ubicase en una de las mesas reservadas a los miembros de la familia Speranza. Cuando lo hubo hecho, pedí un *manhattan*.

Me encantan los cócteles. No uno en concreto, todos ellos. A mi modo de ver, lo divertido del alcohol es mezclarlo con otros sabores para que el paladar disfrute y que la única sensación que sientas al degustarlo no sea el fuego que te recorre el esófago. Sé que mi opinión es minoritaria y, de hecho, *Sunny* Santino ordenó un mísero *bourbon*.

Mientras llegaban las copas, me fijé en Vincenzo. Como había dicho Bill, Sunny había perdido algo de peso, pero sus ojos seguían igual de despiertos que siempre. No en vano tenía delante de mí al único hombre que había sido capaz de robar a la familia Martino y había vivido para contarlo.

Los Martino son la otra familia poderosa de Nueva York. En la gran ciudad hay cinco familias. La más importante es la familia Speranza, para la que yo trabajo. La segunda más importante es la Martino, dirigida por un anciano bastante peligroso llamado Vito Martino.

Personalmente nunca he visto a Martino, ni tan siquiera en fotografía. Por lo que me han dicho, es un hombre que ronda los ochenta años, y tiene

la apariencia habitual de los abuelos que van al parque con los nietos, les compran golosinas y les ayudan a subir al tobogán. El abuelo Martino, además de dedicarse a estas tareas, dirige una familia de la Cosa Nostra de más de mil miembros con intereses económicos en varios estados.

Las relaciones entre ambas familias han pasado altibajos. Desde el fiasco de Apalachin hay un respeto mutuo provocado más que nada por el perjuicio que le supondría a una inmiscuirse en los asuntos de la otra.

Fue *Sunny* Santino quien, en 1951, cuatro años después de llegar a Estados Unidos, dio el famoso golpe del hipódromo de Saratoga Springs. Circulan muchas historias sobre aquello, y la mayoría son invenciones que resaltan la valentía de Sunny. Yo creo que la verdad es que Vincenzo Santino fue engañado por un estafador, y que si en realidad hubiese sabido el lío en que se estaba metiendo jamás habría aceptado participar en aquello.

Bueno, la historia es muy simple. En el año 1951, *Sam* Pugliese ya era millonario y gozaba de cierta tranquilidad en Reno, donde nadie le molestaba. Sam nunca quiso pugnar con ninguna otra familia de Estados Unidos y procuraba llevarse bien con todas, en particular con las cinco familias de Nueva York y la de Chicago. Para ello, lo mejor era ser imparcial, no ofender y no tomar partido por nadie.

Pero Sam no era estúpido, y sabía que a pesar de todo le interesaba ponerse del lado del más fuerte, y los más fuertes eran los Speranza. Así que cada vez que los hermanos Carlo o Joe necesitaban algo en Nevada, *Sam* Pugliese ponía todo su empeño en echarles una mano. Cuando los Speranza construyeron en 1945 el Blue Skyline con el dinero del sindicato de camioneros, Sam tuvo la ocasión ideal para ayudarles. En aquella época, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, en Nevada había poquísimos operarios cualificados. La mayoría eran vagos redomados que rara vez acudían sobrios al trabajo y a los que no había manera de someter a ninguna disciplina. Con gente así era imposible que ningún proyecto se desarrollase en tiempo y forma, y varias familias perdieron fortunas al construir sus casinos.

Fue entonces cuando Samuele Pugliese acudió al rescate de los Speranza. Sam trasladó cuadrillas enteras de obreros expertos de Reno para asegurarse de que los plazos se cumplieran y la calidad del trabajo era la adecuada. Además, se ocupó de que las autoridades del Estado de Nevada sólo pusiesen facilidades en la tramitación del papeleo. El resultado de todo ello fue que el Blue Skyline, a pesar de su complejidad, se consiguió terminar dentro del presupuesto inicialmente fijado, y aquello fue algo que los hermanos Speranza

za agradecieron eternamente a *Sam* Pugliese. A partir de ese momento, entre las dos familias se estableció una especie de hermandad.

Tiempo después, los Speranza correspondieron y, gracias a su intercesión, los propietarios del casino Montebello de Las Vegas vendieron el casino a los Pugliese rechazando otras ofertas mejores. Aquella operación fue un gran negocio para Sam. Tener un casino en Las Vegas era muy complicado sin el apoyo de una familia fuerte, pero disponer de él al precio al que aceptaron vender los dueños del Montebello era un auténtico regalo. El problema era que Sam no tenía dinero para pagar y en aquel momento los Speranza no disponían de liquidez después de construir el Blue Skyline. Sam se vio obligado a pedir dinero prestado a los de Chicago, con los que tenía mucha menos confianza. La familia de Chicago le dio un crédito y los Pugliese lo fueron devolviendo poco a poco.

Por entonces, Vincenzo Santino hacía cuatro años que había llegado a Reno procedente de Italia para hacerse miembro de la familia Pugliese. Alguien había dicho al joven italiano que el objetivo de los miembros de las familias era ganar dinero para repartir con el jefe, y Sunny se tomó aquello al pie de la letra. Al principio no consiguió más que meterse en problemas, y un día, después de ser detenido por agresión, Sam le echó una bronca descomunal. Después de sacarlo de la cárcel le ordenó ir a Las Vegas. Allí tendría que supervisar la entrega del dinero que los de Chicago prestaron a los Pugliese y pagar con él a los dueños del Montebello.

Aburrido por aquella tarea anodina, Vincenzo conoció una noche a un sujeto que le habló de un negocio espectacular. Consistía en robar a una casa de apuestas de San Francisco durante la celebración de una carrera de caballos en el hipódromo de Saratoga Springs, en la Costa Este. Las casas aceptaban apuestas de carreras realizadas en todo el país, pues utilizaban el cable para recibir los resultados de manera casi instantánea. Años después se prohibió el uso del cable para la transmisión de pronósticos o resultados deportivos por las líneas interestatales, pero en 1951 era legal. Las casas de apuestas ilegales colocaban fuera del recinto a un sujeto con unos prismáticos que veía los resultados del panel del hipódromo y, a continuación, transmitía la información a todos los abonados de la empresa del cable. En el caso de Saratoga, uno de ellos era la casa de apuestas de San Francisco.

El hombre que conoció Sunny le dijo que podía desconectar el cable de la casa de apuestas durante unos minutos y conectarlo a otro servicio que él controlaba. Una vez hecho esto lo siguiente era enviar un cable falso desde

Saratoga con un resultado ficticio. Si Sunny apostaba en aquella casa a un caballo no válido y el cable decía que ese caballo había llegado el primero a la meta, entonces ganaría un dineral. Cobraría la pasta y para cuando los de San Francisco supiesen que todo era una estafa ya sería tarde.

Vincenzo se dijo que aquel plan era genial. Pidió prestados cuatro mil dólares a un miembro de la familia Pugliese y los apostó a un caballo cotizado veinte a uno. El día de la carrera acudió a la casa de apuestas con tres gorilas, y cuando se hizo público que su caballo había ganado se apresuró a cobrar sus ganancias: ochenta mil dólares. Cuando llegó a Reno, pagó la deuda de cuatro mil dólares y dio su parte al socio del cable. Fue entonces cuando conoció la mala noticia: la casa de apuestas a la que había timado pertenecía a la familia Martino, la rival de los Speranza en Nueva York.

El jefe de los Martino, el viejo Vito, tardó sólo un día en saber quién estaba detrás de aquello y envió a cuatro tipos a liquidar a Vincenzo. No le importaba recuperar el dinero, quería la cabeza del ladrón. Sunny corrió a refugiarse bajo las faldas de *Sam* Pugliese, quien descolgó el teléfono y llamó a Carlo Speranza a Nueva York. Carlo pactó con Vito Martino que Sunny sería desterrado a Cuba y que no podría regresar a Estados Unidos hasta obtener el perdón de las familias. Además, para tranquilizar a los Martino, Sam devolvió unos treinta mil dólares del botín.

Sunny se marchó a finales de 1951 y no volvió hasta enero de 1959, cuando Fidel Castro echó de Cuba a patadas a la Cosa Nostra.

Durante su estancia en la isla, Vincenzo no perdió el contacto con Sam ni dejó de pertenecer a la familia Pugliese. En La Habana empezó a trabajar en el casino que los Speranza tenían allí, y aprovechó los ocho años que pasó en Cuba para aprender el oficio de director de casino y ganarse la confianza de mi familia. Además, Sunny tuvo tiempo para abrir un restaurante que se hizo muy popular entre los visitantes estadounidenses de la isla: el Fiador Silencioso, cuya traducción al inglés es *The Quiet Bailer*. El nombre del caballo al que Vincenzo Santino apostó en San Francisco y que según el cable falso había ganado en Saratoga Springs.

* * *

En los casinos, antes del comienzo de la actuación principal de la noche, el presentador suele nombrar a los famosos presentes en la sala para que éstos se levanten y saluden al público. Alternar con estrellas del espectáculo es una

más de las atracciones de Las Vegas. Aquella velada en el Room, los focos iluminaron a Rosalind Russell y Desi Arnaz, que fueron recibidos con tibias muestras de afecto acordes con su nivel. Cuando vienen Cary Grant, Gregory Peck o Bob Hope se oyen ovaciones atronadoras.

Calmados los aplausos, las luces del Room se apagaron y, entre el silencio que envolvió la sala de fiestas, la voz del presentador resonó con fuerza:

—Señoras y señores, les presentamos a la estrella de nuestro espectáculo. Directamente del bar, con ustedes... Dean Martin.

La orquesta empezó a tocar y un chorro de luz se posó sobre el extremo de la barra del Room, donde, efectivamente, se encontraba Martin fumando y apurando un licor cobrizo. De camino al escenario en medio de un baile que me hizo dudar de su sobriedad, Dean Martin se detuvo en una de las mesas para besar la mano de una mujer y ponerse en el ojal del esmoquin una florecilla blanca que le entregó su admiradora. Luego agarró el micrófono y sin soltar el pitillo que llevaba en la mano derecha empezó a cantar una versión personal del *I love Paris* de Sinatra. Martin decía: «I love Vegas» y cambió la letra original de la canción para decir una sarta de necedades que hicieron las delicias del auditorio.

No vi llegar al gordo Bill por detrás. Tan sólo oí su voz diciéndome al oído que Joe Speranza había llegado y nos esperaba en el ático del hotel. Me bebí de un trago lo que quedaba del *manhattan* e hice un gesto con la cabeza a Sunny Santino para que me siguiera. Salimos del Room por donde habíamos entrado y subimos al despacho de Joe. Los dos guardaespaldas nos permitieron el paso y encontramos al número dos de la familia Speranza de espaldas, admirando el panorama con un vaso en la mano.

—Hola, Joe —saludé.

El hermano pequeño de los Speranza se volvió. Iba sin chaqueta, con una camisa azul oscuro, corbata de color verde y unos tirantes a juego. El flequillo de pelo blanco le caía sobre la frente mezclándose con sus pobladas cejas. Al sonreír se le formaron unos hoyuelos bajo los pómulos. A esas horas del día, la barba empezaba ya a asomarle en la cara. Por entonces tendría unos cincuenta y cinco años.

—Gracias por venir, Roger —me dijo tendiéndome la mano—. ¿Has hecho un buen viaje, Vincenzo?

—Muy bueno, Joe —contestó Santino.

La mano de Speranza estrechó la del capo de la familia Pugliese. Supongo que Sunny sentiría, como yo, el pesado anillo que Joe llevaba en el dedo meñique.

—Sentaos ahí. —Señaló una mesa de reuniones situada junto al ventanal—. He pedido que nos suban la cena. Hablaremos aquí mucho mejor que en el restaurante. Creo que todavía está el espectáculo.

—Acaba de empezar —comenté.

Joe abrió la puerta y dijo algo a sus guardaespaldas. Después se sentó con nosotros.

—¿Cómo te sientes al estar de nuevo en libertad? —preguntó a Sunny.

—Raro.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Porque parece que todo el mundo sabía que iba a salir de la cárcel, y yo no se lo he contado a nadie.

Alguien llamó a la puerta y Joe indicó que podían pasar. Un camarero entró empujando un carrito en el que traía un cubo metálico lleno de hielo con una botella de vino blanco en su interior y dos bandejas con comida. Vi que una de ellas contenía ensalada, y la otra, tres langostas enormes. El camarero sirvió vino y langosta y se marchó. Entonces habló Joe.

—No sé a quién te refieres con «todo el mundo». Desde luego, nosotros sabíamos que te iban a sacar de Carson City porque fuimos nosotros los que lo acordamos con la CIA.

Joe Speranza agarró unas tenazas y empezó a romper su langosta. Sunny me miró a través de su vaso de vino y yo levanté las cejas tratando de decirle que no tenía ni idea de nada. Lo cual era cierto.

Joe continuó:

—Nos llamaron hace un par de meses para pedirnos ayuda. El presidente Kennedy quiere matar a Fidel Castro, y la CIA no tiene en Cuba a gente capaz de ayudarles. Un asociado nuestro de Washington D.C. habló con un representante de la CIA y le contó que nosotros tuvimos una buena base de colaboradores en La Habana durante los años que regentamos allí el casino. Un tipo de la CIA llamado Oughton, o Coughton, vino a vernos a Nueva York para saber si aún teníamos a gente allí.

Joe hablaba concentrado en la langosta, con la despreocupación y la indolencia con la que sólo un Speranza podía hablar sobre aquellos temas.

—Mi hermano Carlo y yo nos acordamos de ti —añadió Joe—, y le dijimos a ese tipo que tú eras su hombre, pero que estabas en la cárcel. Los de la CIA dijeron que te sacarían, y aquí estás.

—Gracias por la ayuda —dijo Sunny.

—Olvídalo. Te debemos mucho. Si no llega a ser por ti, hubiésemos

perdido varios millones de dólares en Cuba. Ese cabrón de Fidel nos hubiese expropiado todo como hizo con los de Tampa.

—¿Cómo salisteis de aquella? —pregunté a Joe—. Nunca lo llegué a saber.

Joe se chupó un dedo antes de responder.

—Sunny nos consiguió un comprador para el casino, un amigo de Fidel Castro. Nos pagó una miseria, pero lo mejor fue que a raíz de aquello empezamos a hacer otros negocios con aquel sujeto. Hemos estado introduciendo en Cuba cigarrillos, azúcar, whisky y demás golosinas a buen precio. Nos estamos resarciendo. Y todo gracias a Sunny.

Joe sonrió y agarró con afecto el antebrazo de Vincenzo.

—¿Qué queréis que haga, Joe? —preguntó Santino.

—Echar una mano a la CIA. Para nosotros es importante que lo hagas.

—¿Por qué es importante?

—Porque es la única manera de que el Gobierno de John Kennedy afloje un poco el nudo que nos ha puesto en la garganta.

Sunny me miró extrañado.

—En la cárcel he oído hablar bastante mal de los Kennedy —dijo—. Pero no sabía que nos hubiesen declarado enemigos suyos.

—Pues lo han hecho —dije.

Me limpié con una servilleta y rellené las copas de vino mientras hablaba.

—Desde enero de 1961, cuando John Fitzgerald Kennedy tomó posesión como presidente, en la Cosa Nostra no hemos tenido descanso. Lo primero que hizo como presidente fue nombrar fiscal general a su hermano Bobby, y éste nos está buscando las cosquillas.

—Y ¿por qué ese interés de los Kennedy en nosotros?

—La culpa de todo la tiene el padre del presidente, Joseph Kennedy —dijo Joe—. Después de que terminase la ley seca, Joseph se hizo de oro importando whisky y ginebra.

—Y ¿qué hay de malo en ello?

—Pues que Joseph había empezado con sus importaciones antes de que terminase la ley seca. Introdujo alcohol en el país de manera ilegal, y para ello colaboró con los de Chicago. Al papá de nuestro presidente le gusta jugar, jugar mucho. Es copropietario de un hipódromo y tiene relaciones con varias familias de la Cosa Nostra.

Sunny esbozó una media sonrisa y me miró.

—Los rumores de que el dinero de Chicago ha servido a John Kennedy para llegar a la Casa Blanca son constantes —dije—. El presidente siempre lo

ha negado, y su forma de demostrarlo ha sido emprender una lucha sin cuartel contra todas las familias.

—Su hermano Bobby ha cuadruplicado el número de agentes del FBI dedicados al crimen organizado y están hostigándonos en cada Estado, en cada ciudad, en cada negocio —concluyó Joe.

—Y pensar que gracias a los de Chicago Kennedy ganó en Illinois —dije—. Sunny, ¿sabes que el partido demócrata ganó en ese Estado por nueve mil votos? Imagina, una circunscripción de casi cinco millones de votantes, y Kennedy ganó por sólo nueve mil cochinos votos.

—Y ¿John Kennedy también está persiguiendo a los de Chicago? —preguntó Vincenzo.

—No en Illinois —respondió Joe—, pero en la Costa Oeste les están poniendo las cosas difíciles. Hicieron una redada en Hollywood y desarticularon el sindicato de trabajadores del cine que controlaba Chicago. El jefe de Chicago se ha quejado varias veces a través de Sinatra, y entonces el presidente aplaca un poco a su hermano Bobby. Pero a los quince días vuelve a empezar todo de nuevo.

—¿Sinatra? ¿Te refieres a Frank Sinatra?

—Sí, es amigo de los Kennedy. Nos sirve para comunicarnos con ellos, pero cada vez menos. Cualquiera día el presidente renegará de él.

Sunny terminó su plato y apuró la copa de vino. Se la volvió a rellenar y dejó cuidadosamente la servilleta sobre la mesa.

—¿Así que piensas que si ahora ayudas a la CIA con lo de Cuba conseguirás que Bobby Kennedy deje de acosar los negocios de la familia? —preguntó.

—Carlo y yo estamos convencidos de ello. Después de todo, tanto la CIA como el FBI dependen en último término del presidente. Y Fidel Castro es para él un grano en el culo.

Joe llevaba razón. La isla de Cuba, situada a pocos kilómetros de las costas de Florida, había caído en poder de los revolucionarios comunistas de Castro en enero de 1959. Desde muy pronto, el comandante hizo guiños a la URSS para instalar una base militar en su territorio, y el presidente Eisenhower dijo que aquello no podía ser de ninguna manera. Con el cambio de Gobierno en Washington, las relaciones no mejoraron en absoluto, hasta el punto de que tres meses después de la toma de posesión del presidente Kennedy, la CIA financió y organizó, en una playa del norte de Cuba llamada Bahía de Cochinos, una invasión de exiliados cubanos para derrocar a Fidel Castro. Aquello empezó mal y terminó peor. En apenas tres días, las tropas de Castro aplastaron a

los exiliados. Capturaron más de mil prisioneros, que fueron canjeados por la Administración Kennedy por medicinas, alimentos y maquinaria agrícola. Los exiliados culparon al presidente de haberles mentido, pues la ayuda prometida de la aviación y la marina estadounidense no llegó nunca.

—Después de lo de la Bahía de Cochinos, el presidente Kennedy ha llegado a la conclusión de que la única manera de terminar con la amenaza soviética en Cuba es liquidando a Fidel Castro —dijo Joe.

—Y ¿cómo piensan hacerlo? —preguntó Sunny.

—No tengo la menor idea. Mañana por la mañana vendrán los de la CIA y te verás con ellos aquí. Os hemos preparado una *suite*. —Joe se dirigió a mí—. Tú, Roger, serás nuestro representante.

El hermano menor del jefe de Nueva York se levantó de la mesa y sacó de un mueble de madera una caja de puros. Extrajo uno y nos ofreció a Santino y a mí, que aceptamos la invitación. Joe mordió el extremo del puro, lo escupió y continuó hablando mientras encendía el cigarro con una cerilla.

—El plan para matar a Castro es cosa tuya y de la CIA. A nosotros nos vale con que tengas contento al servicio de inteligencia y a los Kennedy. Queremos que vean que somos sus mejores amigos.

Volvieron a llamar a la puerta. Joe autorizó el paso y el camarero entró para llevarse el carrito.

—¿Ha terminado ya Dean Martin? —preguntó Speranza.

—Sí, señor.

—Bueno, en ese caso bajaremos al Room a tomar una copa.

Seguimos a Joe al piso de abajo y entramos en la sala de fiestas, ya desierta. Un pequeño foco iluminaba la barra que recorría la parte de la izquierda del patio de butacas. Nos sentamos los tres a una de las mesas, y un camarero pasó a tomar nota de nuestras bebidas. Cuando se hubo marchado, Joe Speranza se pasó la mano por la cara con un gesto de agotamiento.

—¿Ha sido duro el viaje desde Nueva York? —pregunté.

—No, no. Llegué ayer —contestó Joe.

—Parece como si hubieses recorrido el país en diligencia.

—Más bien como si me hubiese pasado una diligencia por encima.

El camarero llegó con el whisky de Joe, el coñac de Sunny y mi *margarita*. Brindamos con un leve movimiento de los vasos.

—Dime una cosa, Joe —dijo Sunny—. ¿De veras has venido a Las Vegas a decirme que ayude a la CIA? ¿No podía haberme dicho eso Roger?

Joe bebió un sorbo e instintivamente giró la cabeza para comprobar que nadie nos escuchaba.